

necesario que una alma que ha sabido comprenderlos y deseárselos, sea superior al tiempo y á la muerte: el alma es inmortal; dogma sublime y consolador que sostiene victoriosamente los nobles esfuerzos de la virtud en medio de todos los contratiempos y al través de todas las vicisitudes de la vida. ¿Puede darse un orden mas preciso y victorioso á las ideas, ni una marcha mas recta y constante á la demostracion de la verdad?

Si de aqui pasamos al exámen de la segunda cualidad que resplandece en estos pasages; viene á sorprendernos una sobria y feliz imaginacion que todo lo anima sin esfuerço; y brilla no tanto por el ornato, como por una atractiva simplicidad. Para manifestar el grande aprecio que hacian de los poetas Décimo Bruto y Fulvio, dice el Orador simple y elegantemente que el uno adornó con los versos de Acio el pórtico de sus templos, y que el otro no vaciló en ofrecer á las Musas los despojos de Marte. La virtud aquí no es un ser abstracto y puramente ideal, sino una persona que desea la noble recompensa de la gloria: la vida es una rápida y corta carrera; su fin está expresado con los límites de una region, límites que salva el pensamiento: la inclinacion á las acciones virtuosas es una especie de genio intelectual, que día y noche agujonea con los estímulos de la gloria: el elogio de las grandes virtudes é ilustres pensamientos es una pintura grande, exquisita, y primorosamente concebida y ejecutada por el genio; y el mismo orador se convierte en una semilla fecunda, en una planta feraz que se ha de ramificar por todo el universo, y ha de germinar léjos de su tallo, y allá en la posteridad mas remota. ¿Como exaltar dignamente esta admirable facundia, esta imaginacion dirigida con tal arte, que parece ocultarse á nuestra vista, en el instante mismo en que ostenta sus bellas y delicadas formas. Efecto es de un ingenio supremo servirse de la imaginacion con tan insigne superioridad, hacer que nos arrebatase con

todo el encanto de la figura y el colorido, y nos deje al mismo tiempo sondear los conceptos profundos y las ideas sublimes de la metafísica. ¿Que dirémos del sentimiento? Nada sino pagar un dulce tributo á los talentos de tan gran maestro con cierta especie de éxtasis y el profundo silencio de una admiracion respetuosa. ¿Que chispa es esta tan tenue en su principio y tan fecunda y poderosa en sus resultados? ¿Por que incomprendible magia hemos olvidado ya los derechos que se disputan á Licinio, el testimonio de Luculo, los registros de Metelo, el solemne juramento de Heracléa, para ocuparnos única y exclusivamente en la poesia? ¿Que digo en la poesia? Unica y exclusivamente en la gloria. Ya no es el orador el único que se exhala en estos sentimientos: son todos los magistrados; es el pueblo todo, por que esta noble tendencia es de todos los hombres, y muy particularmente de las almas grandes.

EPILOGO.

„CONSERVAD pues, ó jueces, á un hombre de tal
„conducta, que la veis comprobada por la nobleza
„y antigüedad de sus amigos; de un genio tan vasto,
„cuanto es indispensable suponer para verle solici-
„tado con el mayor entusiasmo de los primeros
„talentos; un hombre finalmente cuya causa es de
„tal naturaleza, que está justificada con el beneficio
„de la ley, con la autoridad de un municipio, con
„el testimonio de Luculo y con los registros de
„Metelo. Haced, os ruego, por razones tan sólidas,
„y por los mismos Dioses, si en negocios de tan
„grande interes no basta la recomendacion huma-
„na, que un hombre que ha exaltado siempre á
„vuestros generales, á vosotros y las proezas de

„pueblo romano; que ofrece consagrar á nuestros
„últimos peligros domésticos un testimonio eterno
„de alabanza; y es del número de aquellos que uni-
„versal y constantemente han merecido el concepto
„y el nombre de sagrados; halle tal acogida entre
„vosotros, que parezca engrandecido por vuestra
„benevolencia, mas bien [que profanado por vuestra
„severidad.”

„Lo que acabo de exponer acerca de esta
„causa, con la brevedad y sencillez que tengo de
„costumbre, confío, jueces, en que habrá merecido
„vuestra aprobacion; y que habréis echado á bue-
„na parte cuanto en un estilo que no es del foro
„ni menos judicial he dicho sobre el ingenio de
„este hombre y generalmente sobre los estudios que
„cultiva: pues respecto del magistrado que preside,
„lo sé con toda certidumbre.”

× Sin ocupar ni aun una página completa,
este epilogo nos hace admirar un prodigio de con-
cision, elegancia y energia. Al ver en él todo el dis-
curso hasta en sus últimos pormenores, presentado
con tan feliz eleccion y distribucion en las pala-
bras y en las ideas; nos parece una hermosa mi-
niatura en que se han apurado todos los esfuerzos
del arte.

Algunos extrañarán que un discurso de tan-
to movimiento tenga una conclusion tan calmada;
pero esto es precisamente lo que le hubiera fal-
tado para llegar á la perfeccion, si el orador, aban-
donando el tono tranquilo, hubiera querido excitar en
ella mas y mas los afectos. Reflexionemos que lo
patético tiene un término y una medida fija; que
de él á la declamacion hay una distancia muy
corta; que una vez esforzadas las pasiones hasta
el punto en que se ven al acabar la parte con-
firmativa, es un paso tan arriesgado insistir aun
en el mismo tono, que lo mas fácil es dar en
la hinchazon. A esto debe añadirse, que cuando he-
mos conseguido ya electrizar á favor nuestro el
ánimo del auditorio, toda mocion ulterior es su-

perflua: por que ya entonces nos basta manifestar
sencillamente nuestros deseos, para que sean obsequia-
dos en un todo. He aqui lo que hizo el orador: sa-
tisfizo primero á la razon de los magistrados, jus-
tificando netamente el derecho de Archias; hizo
luego el elogio de las letras, para pintar despues
el talento del acusado: manifestó en seguida el in-
terés que los poetas habian inspirado constante-
mente á los grandes hombres, para inferir de aqui
la universal inclinacion á una alabanza bien me-
recida: la virtud y la gloria se presentaron luego
como los objetos únicos por que debian sus-
pirar los hombres esclarecidos: finalmente, la
inmortalidad del alma, sentimiento universal y no-
ble, se ofreció naturalmente ya, como la garantia de
la gloria. Este sistema, en que todo se combina
y enlaza maravillosamente, sirvió á Ciceron para
llevar lo patético á un grado portentoso. Concluyó
su confirmacion; y todos los corazones, palpitando
á la vez, se le ofrecian como una señal infalible
de que todo lo iba á conseguir de sus jueces. ¿Que
le restaba pues sino manifestarles sus deseos, varian-
do artificiosamente de tono? Vease pues, como el
tono medio que en el epilogo reyna es una nueva
perfeccion que recibe tan excelente conjunto. ¿No
tendremos pues muchos títulos para considerar es-
ta defensa como una produccion de primer orden?
¿Que medio mas á propósito para formar el gus-
to de la juventud, que aficionarla de continuo á
esta clase de egercicios, donde una puede encontrar
juntamente la regla y el modelo que ha de seguir
é imitar en sus composiciones oratorias? No pen-
samos como un escritor que parece proscibir de
su plan general de estudios el cultivo de las len-
guas muertas. „¿Seria, dice, tan preciosa esta ven-
„taja, como el tiempo y el improbo trabajo que os
„costaria alcanzarla? ¿Hasta cuando ha de durar
„esta veneracion, esta ciega idolotria, por decirlo
„así, que profesamos á la antigüedad? ¿Por que
„no habemos de sacudir alguna vez, esta rancia

„preocupacion, á que tan neciamente esclavizamos
„nuestra razon y sacrificamos la flor de nuestra
„vida?”

Muy respetable es la autoridad de Don Gaspar Jovellanos, cuya sabiduria, erudicion, talento y elocuencia, le presentan á los ojos de la critica, como uno de los primeros luminares en el vasto teatro de la literatura española. Sin embargo, se nos permitirá que con toda la reserva y sumision que son debidas á tan insigne maestro, nos opongamos á su modo de pensar y recomendemos á nuestros alumnos con el mayor encarecimiento el cultivo de la lengua latina, como una fuente la mas copiosa y pura en que pueden beber el poeta, el orador, el político; y como un medio eficazísimo para formarse modelos acabados de buen gusto y aun para hacer grandes progresos en el cultivo de la lengua patria.

Los poetas de la antigüedad son dechados de perfeccion no precisamente por lo que debe llamarse peculiar de las épocas mitológicas; sino por una cualidad que pertenece á todos los tiempos; por aquella delicada perfeccion que todos admiran en sus obras. Ninguno ha disputado á Homero, á Virgilio ni á Horacio, el poder de una inspiracion grande y vehemente, pero ninguno tampoco echa menos en ellos la regularidad de un ingenio bien sostenido. Sus pinturas son perfectísimas; su natural inimitable; su sencillez muy atractiva; sus reflexiones muy felices y oportunas; los pormenores exquisitos y primorosos, y el conjunto regular y sorprendente.

La tribuna y el foro de estos tiempos pertenecen por su nuevo carácter mas bien al entendimiento que á las pasiones: no es ya el pueblo, sino un corto número de sabios magistrados, ó de hábiles políticos, el auditorio que se ofrece por teatro á la elocuencia moderna. No será esta por lo mismo, ni debe ser hoy una imágen fiel de la griega y romana; pero sí una produccion de esta fuente, si

bien con aquellas modificaciones que naturalmente exige la diferencia de los tiempos. Ridículo sería sacar á plaza en nuestros discursos forenses las lágrimas de la viuda y del padre, las nobles cicatrices, los vestidos enlutados y todas las pantomimas de los antiguos; nada prudente quererlo deducir todo de un corto número de leyes generales, sustituyendo siempre la equidad natural á la justicia civil, y el raciocinio á los códigos; pero la consecuencia inmediata que de aqui nace, no es el abandono absoluto de los principios y las reglas del bien decir, ni la omnimoda libertad para seguir indistintamente cualquiera rumbo con tal que sea defectuoso: no, la razon no ha perdido sus fueros y el buen sentido conserva sin menoscabo todos sus títulos. En el siglo décimonono lo mismo que en el de Pericles, en el de Demóstenes, y en el de Hortensio, Ciceron y Julio Cesar; una acusacion, ó una defensa no debe ni ha debido ser el hacinamiento grosero y detestable de un lenguaje burdo, hechos presentados á bulto, leyes y autoridades empleadas sin discernimiento y sin critica; sino un discurso regular, compuesto de todas sus partes constitutivas y en que, salvas las diferencias de la materia, se conserve la identidad de las formas.

Los códigos no comprenden literalmente todos los casos; las leyes consideran los hechos bajo relaciones muy genéricas y los hechos mismos se revisten, á influjo de las circunstancias, de mil variadas fisonomias.

Resultan de aqui varias consecuencias importantes. Primera: que permaneciendo el hombre uno mismo en sus tendencias morales, en medio de las vicisitudes que padecen las instituciones políticas, los hechos deben ser graduados siempre por las reglas de la critica, deben ser purificados de las circunstancias impertinentes, presentados con sus diferencias características, examinados en fin con una discusion esencialmente filosófica. Los grandes modelos para habituarnos á este exámen son Demóstenes y Ciceron, muy dignos de ser imitados.

en todas épocas y constantemente estudiados de cuantos se dedican á la carrera del foro."

„Segunda: una experiencia constante nos enseña que entre los hechos y las leyes hay siempre un espacio dilatado que solo puede llenar el raciocinio. ¿Pero cual es la materia de este raciocinio? De parte de la ley; su naturaleza, su objeto, su fin, su conformidad con los principios de la legislacion, en una palabra, su verdadero espíritu: de parte de los hechos; su mayor ó menor influjo en la sociedad, su mas ó menos importancia moral, en una palabra, su aplicacion verdaderamente filosófica. He aqui un punto que los antiguos practicaron con tan suprema delicadeza, que han conseguido no tener rivales en estos siglos que se dicen mas sabios. Aquellos tenian es cierto una senda mas vasta que recorrer por el reducido número de sus leyes, y nuestra carrera está muy limitada; mas no por esto debemos abandonar las huellas de nuestros maestros. Nada importa que los límites se hayan aproximado, puesto que la direccion es idéntica, la que parte de la ley á los hechos. No andemos en buena hora todo el espacio que ellos, pero andemos como ellos, y pisemos de continuo sus huellas en la parte de camino que todavia se ofrece á nuestra marcha.

La política ganaria mucho sin duda en todos sus ramos, aprendiéndose en la escuela de Tácito y Ciceron. Quien lee y estudia con cuidado las obras de este último escritor principalmente, despues de haber leído los escritos de algunos publicistas modernos, tiene el placer de descubrir que no son estos en gran parte sino recomendabilísimos amplificadores de aquel. Allí encuentra el principio de utilidad sin las aplicaciones extraviadas que le han dado el Barón de Holbach y Jeremias Bentham, y allí descubre, como lo permitian aquellas épocas, la fuente de una buena legislacion y las reglas importantes de la conveniencia social. No pudiendo entonces resistir á la evidencia de sus propias observaciones,

exclama con Montesquieu: „los antiguos escribieron para los autores; y los modernos, para los lectores.”

+ ¿Y podremos recoger tan abundantes y sazonados frutos del cultivo de los poetas, historiadores, filósofos y oradores latinos, si en vez de habituarnos al idioma original, nos contentamos con meras traducciones? La lengua y el pensamiento se unen tan estrechamente en toda clase de obras, que en ninguna de aquellas, por esmerada que sea, podrá conservar este último toda su energia y exactitud; pues un mediano egercicio en el estudio de los escritores latinos basta para convencerse de la suma dificultad que hay en esto. Nosotros hemos luchado abiertamente con ella en los trozos que se han insertado en este análisis, sin que nos hayan servido para vencerla todos auxilios que ministra la version de Le Clerc. Con demasiada frecuencia vemos alterados en ella los conceptos, revestidos de extraños adornos, y tal vez completamente desfigurados. ¿Que dirémos pues de la de P Harpe ó de las españolas de Oviedo y sus predecesores? Pero la utilidad que debe conseguir la juventud estudiando en el mismo original á estos autores, aparece de un modo mas sensible en la siguiente observacion.

Dijimos que el cultivo de la lengua latina contribuye no poco á facilitar los progresos en la lengua patria; verdad importantísima en el sistema de la enseñanza, por mas que de pronto se presente con cierto aire de paradoja. No es nuestro ánimo proscribir, como algunos, el estudio de la Gramática castellana y sostener que esta lengua se aprende bien con solo estudiar la latina; sino hacer concurrir en la traduccion de los autores que escribieron en este idioma los principios de ambas lenguas.

Cuando nos servimos del idioma patrio sin mas objeto que manifestar las ideas que nos han ministrado los libros españoles, no experimentamos ninguna violencia que nos ponga en el caso de buscar y analizar filosóficamente las palabras. No sucede lo mismo cuando emprendemos la tarea

laboriosa de una version, donde se egercitan á la vez el entendimiento y la memoria. Siendo casi seguro que nuestro caudal de voces no basta, necesitamos recurrir muy frecuentemente á los diccionarios; y no bastando tampoco estos, por que ninguno fija ni puede fijar los sinónimos de una lengua demasiado libre y variada, como es la de Ciceron; examinamos detenidamente el pasage, buscamos todos los equivalentes de la nuestra, analizamos con el mayor detenimiento cada palabra, señalamos con escrupulosidad sus diferencias; y casi no traducimos una cláusula, sin haber hecho concurrir á este trabajo muchos conocimientos exquisitos, sin haber fijado algunos sinónimos, sin haber dado precision á las palabras españolas y sin haber puesto en práctica, no los silogismos, entymemas &c., sino la verdadera y única lógica, la lógica de las lenguas. Este egercicio no seria tan provechoso en un idioma moderno: por que todos los que hoy se hablan estan en un contacto muy íntimo, para que se noten al traducirlos todas las diferencias que hay entre cualquiera de ellos y el latino. ¿Cuales serian pues los resultados infalibles del cultivo filosófico de los poetas y oradores latinos? Enriquecer la memoria, dar buenos hábitos al raciocinio, dominar la atencion y la reflexion á nuestro arbitrio, reunir excelentes modelos para formar nuestro gusto en todos los ramos de la composicion, poseer nuestro idioma de un modo filosófico y usual al mismo tiempo, adquirir precision, exactitud, elegancia, riqueza y facilidad en el uso de la palabra. He aquí lo que deberán conseguir nuestros alumnos, manejando los autores de buena latinidad y muy principalmente las obras de Ciceron, á quien debemos mirar como el mas prudente de los antiguos filósofos, como el depositario del antiguo saber, como el primero de todos los maestros para formar el buen gusto con excelentes preceptos, como un publicista consumado, y como el dueño con Demóstenes del primer rango en la escala sublime de la elocuencia.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL DISCURSO DE JOVELLANOS

EN ELOGIO

DE LAS CIENCIAS NATURALES,

EL CUAL SE TITULA

Meditacion sobre los seres criados y sus relaciones con Dios y el hombre, consideradas en el orden de la naturaleza.

AL abrirse en el instituto de Asturias la enseñanza de las ciencias naturales, Don Gaspar Melchor de Jovellanos interesado en los progresos de aquel establecimiento literario, quiso determinar á tan importantes estudios el espíritu de aquella juventud. Ningun medio mas á propósito que llamar exclusivamente su atencion, no solo hácia las grandes ventajas de la física y química, su influencia prodigiosa en la agricultura, en el comercio y en las artes; sino tambien sobre los prestigios innumerables con que recrea y embelesa la imaginacion el cuadro de la naturaleza, que mas de una vez ha ocupado las vigilijs del sabio y comunicado la inspiracion al genio de la poesia. Ansioso pues el Orador de cautivar anticipadamen-